**Y de repente algo extraño comenzó a suceder**

Y de repente algo extraño comenzó a suceder. Sabíamos que podría ocurrir, pero nos pilló desprevenidos. Para cuando lo confirmamos, ese minúsculo microorganismo compuesto de material genético protegido por un envoltorio proteico parasitaba nuestro mundo, parasitaba las células de miles y miles de ciudadanos. Para cuando fuimos conscientes de su presencia, él ya nos había noqueado social, anímica, económica y sanitariamente. De pronto nos percatamos que las fronteras que un día se defendieron con guerras y trincheras se habían quebrado ante unas gotitas de saliva, un simple abrazo o un beso.

Quizá tampoco hubo equidad en el contagio como pensábamos inicialmente, pero al menos, por unos instantes, creímos saber diferenciar lo importante de lo accesorio. Entonces, una enfermera se volvió más indispensable que un futbolista y un hospital se hizo más urgente que una batería de misiles. Se apagaron las luces en los estadios y en los teatros. Se detuvieron los conciertos y hasta las misas divinas. Hibernamos nuestra vida social. Sentimos la angustia. Sentimos el miedo. Sentimos el cansancio físico y la fatiga emocional. Sentimos el reconocimiento de la ciudadanía, la solidaridad y la entrega de miles y miles de profesionales. Agradecimos los aplausos y aplaudimos desde los balcones.

Por unos días nos percatamos que no solo los indigentes traían pestes y empezamos a desearle el bien al vecino. Necesitábamos que no enfermase. Necesitábamos de su seguridad. Nos percatamos que, si nosotros teníamos medicamentos o vacunas y no los de más allá, nuestra vida también estaba en riesgo. Por unos instantes creímos que un amenazante virus nos convertiría en mejores ciudadanos y en excelentes personas.

Tres gotitas invisibles de secreciones de saliva y moco nos demostraron que era eso de la universalidad y de la aldea global. A los profesionales sanitarios, un novedoso coronavirus nos conmocionó y nos puso contra las cuerdas. Comenzó una batalla desigual contra un rival desconocido en la que los Servicios de Medicina Interna fueron piedra angular. Todo el personal sanitario se puso manos a la obra para ayudar a atender a los pacientes infectados. Daba igual si hasta entonces operaban o se habían dedicado a las enfermedades de órgano, de la mente o del alma. Un virus invisible hizo aflorar lo mejor de cada uno de nosotros. Múltiples reuniones, colaboración interprofesional, esfuerzo sin horarios, cansancio y solidaridad. Todos los días renovada información científica y protocolos con cambiantes estrategias ya que, cuando creíamos comenzar a controlar su replicación, él hacía que las células defensivas de nuestros pacientes produjesen tormentas devastadoras de citoquinas; ya que, cuando éramos capaces de modular el universo de las interleucinas, él desbordaba la cascada de la coagulación con trombos y émbolos; ya que, cuando conseguíamos modular el soporte respiratorio, él se encaminaba hacia el aparato digestivo, sistema nervioso central o riñones.

Nos confinaron y nos confinamos. Detuvimos el planeta hasta que llegó la primera tregua. Hemos entrado en una nueva e inestable normalidad en la que el Covid-19 sigue y seguirá entre nosotros por un periodo de tiempo indeterminado. Pero llegados a este punto no puedo dejar de preguntarme: ¿de verdad este virus nos ha vuelto mejores personas? ¿de verdad nos ha transformado en más universales y solidarios? ¿de verdad nos ha hecho menos individualistas y racionales? ¿de verdad hemos aprendido la lección?

Aun así, soy consciente que la vida no se puede detener indefinidamente y por eso estamos hoy aquí reunidos para dar solemne inauguración al nuevo curso académico de la Universidad del País Vasco y dar continuidad a algo de lo que nos hace más humanos y mejores personas, el estudio académico y la trasmisión del conocimiento científico.

Estoy convencida que sin el soporte científico no superaremos esta pandemia y, qué sin el compromiso individual, tampoco. Por eso, mientras los científicos salidos de las Universidades de cualquier lugar del planeta encuentran un alivio o una solución frente a este virus pandémico, usen la mascarilla, mantengan la distancia social y lávense las manos.

**Julia Barroso Niso**